

# Políticas culturales para el desarrollo en un contexto mundializado

---

---

*María Elena Figueroa Díaz\**

## *Resumen*

La distinción entre globalización económica y tecnológica y, globalización cultural o mundialización es pertinente para mostrar la configuración de las identidades y su inserción en los espacios de lo global, de lo nacional y de lo local. Asimismo, los procesos de globalización que generan exclusión y desigualdad, y que son distintos pero cercanos a las dinámicas mundializadas de la cultura, abren la necesidad de generar proyectos de desarrollo humano democráticos y accesibles desde el espacio de las políticas culturales.

*Palabras clave:* globalización, mundialización, política cultural, desarrollo humano, identidad.

## *Abstract*

The distinction between economic and technological globalization and cultural globalization or mundialization is relevant to show the configuration of the identities and its insertion in global, national and local spaces. In addition, the processes of globalization that generate exclusion and inequality, and that are different but near from the dynamics of culture, open the need to generate human development projects democratic and accessible in the space of cultural politics.

*Keywords:* globalization, mundialization, cultural politics, human development, identity.

\* Posgrado de Desarrollo Humano. Departamento de Psicología. Universidad Iberoamericana, Santa Fe, Ciudad de México. Dirección electrónica: mariele\_67@yahoo.com.mx

Pensar en el desarrollo de individuos y pueblos que sea consecuente con la realidad cultural específica de los mismos, y que a la vez se desvincule de pretensiones occidentalizantes o modernizantes que intenten erradicar la diferencia que los constituye, para asimilarlos o excluirlos de la dinámica hacia el crecimiento, requiere de una reflexión en torno a los conceptos de desarrollo, globalización, y mundialización.<sup>1</sup>

En este texto partimos de la distinción entre globalización y mundialización, para desvincular los procesos globales de carácter económico y tecnológico, de las dinámicas culturales mundializadas, con dos fines básicos: el primero, afirmar que los procesos culturales no siguen las mismas dinámicas globalizantes de otros procesos, aunque sí se mundialicen, y que, por lo tanto, no se puede hablar de una identidad y una cultura globales. El segundo fin es afirmar que en el contexto en el que la globalización genera procesos de desequilibrio, marginación, desigualdad y exclusión, y en el que la mundialización provoca una mayor interconexión de individuos y pueblos,<sup>2</sup> las políticas culturales surgen como una posibilidad real de que el estado-nación pueda crear, promover, orientar y gestionar estrategias que fortalezcan la dimensión cultural de la vida individual y colectiva que se desarrolla en su seno, así como que logre procesos de selección, resistencia y resignificación de elementos externos o ajenos de carácter “globalizado”.

Así, en la primera sección distinguimos globalización de mundialización, tomando en cuenta que son dos caras de la misma moneda, que se impactan recíprocamente y que comparten dinámicas y recursos, sobre todo de carácter tecnológico. Aquí enfatizamos el carácter no natural e inevitable de la globalización, así como la marginación y exclusión que genera su lógica. En la siguiente sección reflexionamos acerca del concepto de desarrollo, que surge cargado de un significado occidental, moderno, excluyente de lo que no entra en un esquema de progreso; asimismo, apostamos a pensar en un desarrollo que ofrezca a todos los individuos y comunidades las ventajas de la modernidad, que mejore las condiciones

<sup>1</sup> Entendido este último, en tanto proceso de creciente interrelación de las distintas culturas a través de diversos medios.

<sup>2</sup> A través de avances tecnológicos de comunicación y transporte, y de otras dinámicas económicas, sociales y políticas.

de vida de los mismos, y que a la vez no comprometa la especificidad cultural de cada grupo humano.

Más adelante, apoyamos la tesis que niega la generación de una identidad y de una cultura que sean globales, dando así un peso marginal a los procesos que tienden a uniformizar culturalmente a la humanidad. A partir de una idea de cultura en tanto dimensión simbólica de lo social, en la que las formas interiorizadas o subjetivadas son las que pesan en la producción de sentido, afirmamos la diversidad cultural como un hecho no alterable, y entonces generamos la base para pensar en la necesidad de crear proyectos y procesos de desarrollo que se fundamenten en: por un lado, los procesos de mundialización de la cultura, y por el otro, en políticas culturales que surjan del estado-nación; pero que, en vez de tender a uniformizar con el fin de generar una imagen de cohesión nacional, se abran a otras instancias de creación de ideas y de toma de decisiones, que sean democráticas, plurales y respetuosas de la diferencia.

De este modo, se establece la necesidad y la pertinencia del estado como instancia que lejos de verse mermada, disminuida o desplazada por los nuevos actores globales, puede constituirse en una instancia renovada y sólida,<sup>3</sup> cuyas decisiones y estrategias contribuyan a la conformación de espacios multiculturales, multinacionales, democráticos, incluyentes; así como consecuentes y complementarios de los esfuerzos que, desde el panorama de la mundialización, se están gestando para generar la instauración en todos los países de un nivel mayor de desarrollo humano, de libertad cultural, así como el asentamiento de las bases para pensar una ética global.

## GLOBALIZACIÓN Y MUNDIALIZACIÓN CULTURAL

El término globalización nos remite directamente a una idea de interconexión, influencia recíproca e interdependencia de las distintas comunidades del planeta, pero también, y ligado a ello, nos refiere a nuevas tecnologías de información y comunicación, mercados mundiales, consolidación de empresas transnacionales, reglas globales para el comercio y las finanzas, y en general, a la dispersión cada vez más amplia de una única forma de comunicarse, de concebirse, de vivir. De igual manera, nos remite a la idea de que "...la acumulación del capital, el comercio y

<sup>3</sup> En los casos en que este hecho no es evidente, ya que muchos estados efectivamente son fuertes y cumplen estas funciones.

la inversión ya no están confinados al Estado-nación”,<sup>4</sup> y que la dimensión estatal, al menos en algunas partes del planeta, ha dejado de ser el eje que conforma la identidad, la cultura, las interrelaciones y las transacciones, no sólo económicas, sino también sociales.

Esto ha dado paso al fortalecimiento de instancias locales y regionales, y a su peculiaridad cultural, social e identitaria. Este cambio, para Petras, ha creado un nuevo orden mundial, con configuraciones de poder e instituciones específicas.

Se afirma constantemente que este fenómeno ha generado la multiplicación de flujos de ideas, ideologías, bienes, imágenes, tecnologías, técnicas, información, personas. La globalización puede ser entendida entonces, como: “la multiplicación e intensificación de relaciones supraterritoriales, es decir, de flujos, redes y transacciones disociadas de toda lógica territorial y de la localización en espacios delimitados por fronteras”.<sup>5</sup> Esto trae como consecuencia necesaria una reconceptualización del espacio, la redefinición de los lazos entre identidades y territorio, así como la complejización de los vínculos más allá de la distancia: la aparición del hiperespacio, las redes, o más bien retículas, que funcionan como canales de innumerables flujos de diversa índole.

Es un hecho que el término de globalización, a ratos ambiguo, a ratos demasiado dado por hecho, pero naturalizado como fenómeno, está ligado, como hecho y como discurso, al sistema de producción y de consumo capitalista; y a la idea, aplastante en muchos sectores, de que nada ni nadie puede escapar a la lógica de mercado que la acompaña. Los defensores de la globalización asumen que el mundo entero se dirige hacia su inmersión en este fenómeno, principalmente a través de relaciones económicas globales, pero también tecnológicas y culturales.

Por otra parte, hay quienes se resisten a naturalizar y a asumir la globalización como un destino fatal que homogeneiza y devora toda diferencia. Enormes sectores rechazan conscientemente las propuestas para impulsar un proyecto globalizador; entre otras cosas, porque la lógica capitalista, los sistemas económicos y políticos neoliberales, los tratados económicos desiguales, todos ellos de la mano del sueño globalizador, generan desde hace tiempo grandes sectores excluidos, pobreza, marginación, explota-

<sup>4</sup> James Petras, “La globalización: un análisis crítico”, en: Saxe-Fernández, J. y J. Petras *et al.*, *Globalización, imperialismo y clase social*, Buenos Aires, Editorial Lumen Humanitas, 2001, p. 33.

<sup>5</sup> Jan Aart Scholte, 2000, p. 5, citado en: Gilberto Giménez, “Cultura, identidad y metropolitano global”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, Año LXVII, núm. 3, julio-septiembre, pp. 483-512.

ción de recursos naturales y humanos, estos incluidos dentro de un esquema, más que global, “imperialista”, en palabras de James Petras.<sup>6</sup> Para él, es el imperialismo el sentido negativo de la globalización, que por sí sola, no generaría tales problemáticas sociales.

Es claro que al tratar el tema de la globalización salta a la vista una visión maniquea:

que divide a la sociedad entre aquéllos que no sólo la aceptan sino que la perciben como la oportunidad más atractiva y prometedora que se le pueda presentar al mundo en el momento actual (“globalifílicos”) y quienes, en el extremo opuesto, la visualizan como una acción voluntariamente ejecutada por el círculo más estrecho de los detentadores del poder con el objetivo de fortalecer las condiciones que le permitan afianzarla a expensas de las mayorías desprotegidas e inermes ante sus embates, por lo que esta política es el peligro más inmediato pudiendo ser desmantelada mediante una acción concertada (“globalifóbicos”).<sup>7</sup>

En realidad, no es relevante tomar una posición de uno u otro bando, sino asumir una lectura crítica y selectiva, sabiendo de antemano que, sea lo que sea, la globalización es un fenómeno que sin ser “natural” e inevitable ni dejar de tener alternativa, ofrece ventajas que pueden optimizarse mediante su democratización, así como genera daños y problemas severos que afectan a las mayorías.<sup>8</sup> Gilberto Giménez afirma sobre la globalización que:

El resultado de este fenómeno ha sido la polarización entre un mundo acelerado, el mundo de los sistemas flexibles de producción y de sofisticadas pautas de consumo, y el mundo lento de las comarcas rurales aisladas, de las regiones manufactureras en declinación y de los barrios suburbanos social y económicamente desfavorecidos, todos ellos muy alejados de la cultura y de los estilos de vida de las ciudades mundiales.<sup>9</sup>

Natural o no, inevitable o no, la globalización genera polaridades, extremos inconmensurables, realidades superpuestas que no comparten

<sup>6</sup> James Petras, 2001, *op. cit.*, pp. 33 y ss.

<sup>7</sup> Ileana Cid Capetillo, “Más sobre el debate acerca de la globalización”, En: *Política y cultura. Escenario mundial del siglo XXI*, núm. 15, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2001, p. 72.

<sup>8</sup> Individuos, sectores, grupos, colectivos y naciones enteras.

<sup>9</sup> Gilberto Giménez, “Cultura, identidad y metropolitano global”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, Año LXVII, núm. 3, julio-septiembre 2005, p. 3.

nada salvo su mutua dependencia para poder existir: la posibilidad del tiempo real, gracias a la cibertecnología, es símbolo de la diferencia en: simultaneidad de épocas, de necesidades y problemáticas, de acceso de individuos y comunidades a recursos y posibilidades, de realidades; pero cuya diferencia no descansa en la diversidad cultural, propia de los seres humanos, sino en las radicales desigualdades que el mundo actual ha generado.

Es común que se hable de globalización para referirse a dinámicas y fenómenos no sólo económicos y tecnológicos, sino también culturales; o bien, que se hable de globalización cultural. Hay quienes, por el contrario, hablan de mundialización en tanto el proceso de conexión cultural entre los diversos pueblos, que es un fenómeno paralelo pero no igual. Quienes sostienen esto último asumen implícitamente que la globalización tiene un carácter negativo, y que la cara positiva de la moneda es la mundialización. Éste es el caso de muchos autores, algunos de ellos ligados a la reflexión surgida en el seno de la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura.<sup>10</sup>

Se haga la distinción de términos o no, los autores que analizan el fenómeno de la globalización se dividen entre aquellos que asumen que la globalización económica y tecnológica implica necesariamente cambios culturales e identitarios, y los que distinguen claramente ambas “globalizaciones” y rechazan que la económica tenga repercusiones radicales y fatales en el ámbito de lo cultural. En este escrito, tomaremos la tesis de este segundo grupo de pensadores, y utilizando los términos “mundialización” y “globalización cultural” indistintamente, sostendremos que ésta y la globalización económica y tecnológica son fenómenos distintos e interrelacionados, que se impactan recíprocamente.

Para Renato Ortiz, la esfera de lo cultural no entra dentro del concepto de globalización, sino de mundialización. Para él, hay un mercado y una tecnología globales, pero no una cultura global. El proceso de mundialización de la cultura puede verse como: “...un proceso que tiene reglas, patrones que son hegemónicos, pero éstos son mundiales y no globales. Por lo tanto, no hay una identidad global, no hay una cultura global [ni] habrá un gobierno global”.<sup>11</sup> Para Ortiz, no es la globalización, sino la mundialización la dinámica que permite la opción de la interculturalidad.

<sup>10</sup> UNESCO por su nombre en inglés: *United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization*.

<sup>11</sup> Rodrigo Gómez, Entrevista con Renato Ortiz, Disponible en: <http://portalcomunicación.com>

La mundialización o globalización cultural, siguiendo a León Olivé, puede entenderse de dos maneras:

o bien como un proceso hacia una sociedad global que esté constituida por una única cultura; o bien como la construcción de una sociedad planetaria en la que participen las diversas culturas del mundo, en un proceso en el que cada una enriquezca a la sociedad global y al mismo tiempo se beneficie del intercambio y de la cooperación con las otras.<sup>12</sup>

Esta idea es central en la concepción de la mundialización, ya que nos remite necesariamente a la creciente relación entre culturas e identidades distintas, lo cual requiere de bases para una respetuosa convivencia y, quizás, la colaboración conjunta para la solución de problemas (políticos, bélicos, ambientales, sociales) que nos competen –o nos deberían competen– a todos. La propuesta de una ética global, ampliamente aceptada en diversos círculos, surge de esta inquietud.

Para Gilberto Giménez, al contrario de la globalización económica, la globalización cultural es débil, ya que sólo implica la interconexión creciente de todas las culturas, lo cual da lugar al multiculturalismo, al fundamentalismo o la hibridación. Nos dice Giménez que una característica de la globalización es su carácter polarizado y desigual; el mundo de la mayoría sigue siendo el de los todavía territorializados: no todos usamos Internet ni viajamos en avión, por poner algunos ejemplos de lo que la vida moderna y tecnologizada ofrece a los individuos “globalizados”.<sup>13</sup> Esta idea se acerca a la tesis de Jean-Pierre Warnier,<sup>14</sup> según la cual, la mayoría de la población sigue teniendo referentes locales, generando habilidades para resignificar los elementos culturales ajenos, y viviendo una vida que nada tiene que ver con la cultura de las elites de las grandes ciudades modernas y globalizadas. Además, el ser humano tiende a la diversificación, desde sus orígenes, y no a la homogeneización. Para Warnier, siguiendo el argumento, hay dinámicas de mundialización de bienes culturales, sobre todo industrializados, pero desgraciadamente no ha habido una “mundialización” de servicios que mejore la vida de los más desprotegidos.

Según este pensador, hablar de una mundialización de la cultura es un error de lenguaje; únicamente se puede hablar de una globalización de ciertos bienes culturales. Pensar así,

<sup>12</sup> León Olivé, *Multiculturalismo y pluralismo*, México, Paidós-UNAM, 1999, p. 16.

<sup>13</sup> Gilberto Giménez, 2005, op. cit. p.3

<sup>14</sup> Jean-Pierre Warnier, *La mundialización de la cultura*, Barcelona, Paidós, 2002.

es dejar mentalmente afuera del juego a nueve décimas partes de la humanidad, cuya vida, desde el nacimiento hasta la muerte, tiene otras referencias diferentes de aquello que gravita alrededor de la pantalla catódica. El hecho de que quienes están encerrados en el mundo de las industrias culturales no lo perciban es completamente normal. Han dado prueba de un etnocentrismo análogo al de toda sociedad más o menos cerrada y fuertemente estructurada.<sup>15</sup>

Es difícil sostener, desde esta perspectiva, que la expansión de industrias, empresas, tecnologías, así como el cada vez más indispensable uso del idioma inglés, implique una homogeneización o, más específicamente, una norteamericanización del planeta.

Para Gilberto Giménez, más que uniformidad, hay una enorme diversidad que se sigue multiplicando, aun cuando efectivamente exista una clase media (más bien alta) mundializada "...constituida por una elite urbana y cosmopolita sumamente abierta a los cambios a escala, que habla inglés y comparte modos de consumo, estilos de vida, empleos del tiempo y hasta expectativas biográficas similares",<sup>16</sup> que, cabe señalar siguiendo a nuestro autor, constituye una clase social abstracta y no un actor social dotado de identidad. Este hecho nos remite a que es más probable que las clases medias y altas de los países desarrollados, así como sectores acaudalados de las sociedades en vías de desarrollo, se vean más permeadas por el impacto de la globalización, a través de bienes modernos internacionales y de una gran cantidad de información y que sigan con mayor conciencia un estilo de vida dictado por la cultura estadounidense o europea, que los sectores ligados a contextos tradicionales y a situaciones de pobreza, marginación y exclusión.

En realidad, la mayor parte de la población no tiene acceso a Internet, ni al uso de computadoras, ni a ropa o zapatos de marcas prestigiosas, ni al aprendizaje de varios idiomas, ni a altas tecnologías cibernéticas, ni siquiera a servicios de salud o educación que los equiparen a esta "clase mundial". Y no sólo ello, a los grandes sectores desprotegidos, o por lo menos no globalizados de la población, es posible que el deterioro ambiental, las pautas económicas dictadas por tratados internacionales y otros fenómenos, puedan impactarles en sus vidas locales, pero no por ello participan activamente dentro de ese proceso que a ojos de algunos lleva a todo el mundo por el óptimo camino.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>16</sup> Gilberto Giménez, "Identidades en globalización", en Ricardo Pozas Horcasitas (coord.), *La modernidad atrapada en su horizonte*, México, Academia Mexicana de Ciencias/Porrúa, 2002, p. 57.

## EL ASUNTO DEL DESARROLLO

Hablar de desarrollo humano se ha vuelto común en ciertos ámbitos que enfatizan la necesidad de dotar a todos los habitantes del planeta de las posibilidades y recursos adecuados para que logren una vida digna, productiva y significativa. Desde hace algunos años, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), de manera muy cercana a la UNESCO, ha tratado de centrar la atención de diversas instancias de gobierno y de toma de decisiones, en varios países, en la dimensión humana que todo proyecto de desarrollo (económico) debe contemplar. Así, el tema del desarrollo humano se ha vuelto algo necesario y deseable como una aspiración de carácter universal, dentro de un marco de respeto a la diferencia y a la diversidad de expresiones culturales de individuos y pueblos.

Sin embargo, el concepto del desarrollo surge en un contexto muy específico, occidental y moderno, y por supuesto ligado a los complejos fenómenos de la colonización de los mundos no occidentales. No surge como un concepto neutro y universal, sino ligado a un tipo específico de sociedad, la industrial moderna. Así, el desarrollo se concibe como un camino unívoco que va de lo más precario, primitivo (y no occidental), a lo más moderno, eficaz, competente, exitoso económicamente, y occidental. El desarrollo va ligado entonces al progreso, al crecimiento, a los avances científicos y tecnológicos que darán una más alta calidad de vida al género humano.<sup>17</sup>

No obstante el contexto en el que surge el concepto de desarrollo y, por lo tanto, toda la carga que contiene, es difícil descartarlo y afirmar su falta de legitimidad y validez. Es indispensable, en el mundo en el que vivimos hoy, pensar en términos de desarrollo, cuidando de no caer en el deseo de occidentalizar al planeta entero, con el fin de que los grupos “aún no modernizados” dejen a un lado sus formas “simples y poco desarrolladas” de vivir y de ver el mundo. Es por ello que la UNESCO ha trabajado sobre el concepto de la dimensión cultural del desarrollo, para lograr que este término esté acorde con la necesidad de respetar y de promover un mundo diverso, plural, que a la vez acceda a una mejor calidad de vida (y que no sólo se reflejaría en el acceso a bienes materiales, sino en libertad, creatividad, educación, salud, autodeterminación, entre otros rubros). La dimensión cultural del desarrollo se entiende como la instancia que abarca todas las actividades del ser humano en comunidad y que debe, según sus

<sup>316</sup> Véase Kovács, M. *et al*, *Dimensión cultural del desarrollo*, Paris, UNESCO; 1995, pp. 84 y ss.

defensores, ser el eje del desarrollo (general) de toda comunidad. Así, la lógica de la economía no puede dirigir los proyectos de desarrollo de una comunidad, sino que la cultura de la misma debe ser el punto de partida para implementar proyectos de desarrollo que sean consistentes y viables, que no rompan con las tradiciones, la relación con el medio ambiente, el ritmo y el “equilibrio” de la comunidad.

La idea de dimensión cultural del desarrollo permite “...descubrir, ‘hacer operativas’ y, finalmente...gestionar las situaciones de conflicto o de compatibilidad entre las culturas de las sociedades preindustriales y la cultura del desarrollo con la finalidad de promover al mismo tiempo un desarrollo económico y humano”.<sup>18</sup> En este sentido, el desarrollo humano y el desarrollo sostenible son nuevas formas de concebir el desarrollo (y de perseguirlo), más acordes con la dimensión cultural del desarrollo, aunque no toman en cuenta la dimensión cultural. Este es un avance, pero no puede haber desarrollo genuino, duradero y respetuoso en ninguna de sus modalidades sin que se tomen en cuenta las particularidades culturales de cada grupo humano.

La dimensión cultural del desarrollo abre las puertas a un desarrollo culturalmente determinado que rompe con la idea de un desarrollo occidental, moderno, económico, que fomenta un solo tipo de vida, un solo conjunto de objetivos, de valores y una única visión del mundo. De este modo, es posible pensar en un desarrollo que beneficie y ayude a personas y comunidades sin que se les imponga una determinada forma de vivir, de pensar y de actuar. Un desarrollo que permita que los beneficios del mismo lleguen a todos sin que ello implique la homogeneización cultural (que, dicho sea de paso, no sería tan sencilla de lograr).

Ahora bien, ¿qué tiene que ver la dimensión cultural del desarrollo con la globalización? La globalización, para algunos autores, no es un fenómeno nuevo ni reciente, sino una etapa más que sigue a otras anteriores, en los últimos siglos dentro del esquema del desarrollo occidental.<sup>19</sup> Para otros autores, la globalización es una etapa distinguible, distinta a otras

<sup>18</sup> Idem, p. 84.

<sup>19</sup> Enrique Dussel ha hecho una explicación de otras importantes etapas de la globalización, concretamente de cómo se construyó el sistema mundo antes del siglo XVIII, con China como eje, con el fin de fundamentar y evidenciar que la hegemonía occidental y el eurocentrismo son históricos, ni eternos ni naturales. (Véase Enrique Dussel, “Sistema-mundo y ‘transmodernidad’”, en: S. Dube, I. Banerjee y W. Mignolo, *Modernidades coloniales: otros pasados, historias presentes*, México, El Colegio de México, 2004.) Asimismo: Enrique Dussel, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid, Trotá, 1998.

fases del desarrollo del capitalismo, con características propias, como una economía centrada en actividades terciarias, una dinámica más veloz y estandarizada de la producción, comercialización y distribución de bienes y servicios, mercados y mayores tránsitos transnacionales.<sup>20</sup> Sea o no una etapa distinta, es un hecho que el capitalismo ha implicado en los últimos dos siglos la hegemonía europea (y luego la estadounidense) y un marcado eurocentrismo, con la consecuente “eliminación” de lo no moderno, lo no europeo, lo no occidental. Y la globalización surge sobre esta base y la fortalece. En ese sentido, como baluarte de la modernidad más actual (o de la posmodernidad) tiende a naturalizarse y a verse como la meta o el fin de todos los esfuerzos humanos por entrar de lleno en el mundo del progreso occidental, como la fase más avanzada del desarrollo.

Ambos términos, desarrollo y globalización, están cargados de un valor y son estructuralmente excluyentes de aquello que no entra en sus parámetros: los pueblos no desarrollados (pero que quizás algún día lo logren), aquellos que no han entrado en la dinámica y en la lógica de la globalización. Sin embargo, aunque se afirme la remota posibilidad de que todos algún día nos desarrollemos y nos globalicemos, el discurso no siempre es tan claro ni congruente con la práctica: el individuo o la comunidad excluida no es aquella que no se ha desarrollado o globalizado aún, sino que es de entrada el ya descalificado, el que no puede, casi ontológicamente, tener acceso, el que no le funciona al sistema, que es excluyente en su constitución. Manuel Garretón afirma al respecto:

El actual modelo socioeconómico de desarrollo, a base de fuerzas transnacionales que operan en mercados globalizados, aunque fragmentarios, redefine las formas de exclusión, sin eliminar las antiguas: hoy día la exclusión es estar al margen, sobrar, como ocurre a nivel internacional con vastos países que, más que ser explotados, parecen estar de más para el resto de la comunidad mundial.<sup>21</sup>

Sobre esta misma línea, Jesús Martín Barbero afirma que “...la *globalización* pone en marcha un proceso de interconexión a nivel mundial,

<sup>20</sup> (Véase: Ileana Cid Capetillo, “Más sobre el debate acerca de la globalización”, *En Política y Cultura. Escenario mundial del siglo XXI*, núm. 15, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2001, pp. 71-88.) La autora afirma que la globalización es una de las tres grandes etapas del desarrollo del capitalismo, precedida por la mundialización y la internacionalización. La globalización correspondería a una fase posindustrial.

<sup>21</sup> Manuel A. Garretón, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999, p. 10.

que conecta todo lo que *instrumentalmente* vale –empresas, instituciones, individuos– al mismo tiempo que desconecta todo lo que no vale para esa razón”.<sup>22</sup>

Además, la “ideología de la globalización” tiende a visualizar un solo proceso natural, inevitable, que nos llevará a todos al mejor de los mundos posibles.<sup>23</sup> Ligada al discurso neoliberal, y al logro de cada vez más avances científicos y tecnológicos, no va de la mano con una democratización de bienes, de servicios, de información, de acceso a las mismas oportunidades, lo cual agudiza más el hecho de que, como ya hemos mencionado, la mayoría de la población no está dentro de la dinámica de la globalización, sino sólo se ve afectada por ella.

Para John Tomlinson, la globalización implica, más que el acortamiento de las distancias (por el uso del avión, del teléfono, o del correo electrónico, por ejemplo), una conectividad que no es necesariamente proximidad (que se da en el nivel de lo local), y que está transformando la naturaleza de lo local, más allá de los logros tecnológicos de las comunicaciones y el transporte. Para este autor, la experiencia paradigmática de la modernidad global, para la mayoría de las personas “...es la de quedarse en un lugar, pero experimentar el ‘desplazamiento’ que permite esa modernidad global”.<sup>24</sup> Ejemplo de esa posibilidad es que alguien se quede sin empleo como resultado de una toma de decisiones efectuada en la casa matriz de una empresa, situada en otro continente. Para Tomlinson, la globalización hace que el mundo sea un único lugar: los asuntos económicos de los estados-nación se integran en una economía global capitalista; los efectos ambientales de actividades industriales locales se convierten en problemas mundiales.

Aunque la reflexión de Tomlinson es cierta, la experiencia que la mayoría de las personas tiene sobre la globalización, si es que la tiene, posee un carácter pasivo, y no transformador de fondo de sus referentes simbólicos. El mismo ejemplo de Tomlinson (el desempleado por una decisión tomada a miles de kilómetros de donde vive), nos habla de la pasividad de los afectados, que son la gran mayoría de quienes habitamos el planeta. Habría más bien, en vez de cambios radicales en las vidas de la personas, como consecuencia de la relación intensiva con elementos ajenos a la pro-

<sup>22</sup> Jesús Martín Barbero, *Pensar la globalización desde la cultura*, en: <http://www.planetagora.org>

<sup>23</sup> Mutsaku Kamilamba, *La globalización vista desde la periferia*, México, Tecnológico de Monterrey/Porrúa, 2002, p. 14.

<sup>24</sup> John Tomlinson, *Globalización y cultura*, en: Gilberto Jiménez, *Teoría y análisis de la cultura*, vol. 2, México, CONACULTA, 2005, p. 340.

pia cultura, una resignificación de ciertos elementos ajenos, como lo afirma Warnier, y seguramente existe una mayor generación de expectativas, las más de las veces irreales (tener el coche que anuncian en la televisión), al no poderse satisfacer por los estándares de vida y de consumo de las grandes mayorías, pero que no modifican sustancialmente la vida de las personas.

La integración o conectividad que implica la globalización está lejos de generar una uniformidad o una cultura mundial. La coexistencia de diferentes órdenes de la vida humana: individual, social, nacional, mundial, que se ven enfrentados, altera la experiencia de las personas, su percepción del lugar en el que viven, sus valores, deseos, expectativas, esperanza, temores, su capacidad de actuar y su sensación de poder incidir en el contexto en el que existen. El lugar, el territorio, la cultura ligada al mismo, se modifican, aunque no del todo. Pero, como veremos a continuación, esta transformación de corte cultural e identitario, no implica la existencia de culturas e identidades globalizadas.

#### IDENTIDAD Y CULTURA FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN

La globalización ha generado una mayor expansión de una cultura capitalista, consumista, materialista, que inclusive devora la diversidad cultural y hace de ella una diversidad mercantil. Prueba de ello es la perfeccionada mercadotecnia norteamericana, por ejemplo: hasta los estilos de vida de una elite realmente pequeña, centrada en el desarrollo de la espiritualidad, se convierten en objetos mercantiles que se venden a través de anuncios sobre cursos, talleres, ropa para meditar, objetos para hacer yoga, entre otros, con un fuerte impacto en los posibles consumidores. Y así sucesivamente, se multiplicarían los ejemplos referidos a sectores pequeños y con rasgos muy específicos.

Suele ser común derivar de la presencia de la globalización la idea de que las identidades individuales y colectivas se transforman con cada vez mayor intensidad, y que, de hecho, ya ni siquiera se debería hablar en rigor de que existan identidades únicas y unívocas. “En la actualidad, la identidad ha dejado de ser considerada como una característica definitoria de un sujeto o de un grupo de manera aislada e inamovible”;<sup>25</sup> las iden-

<sup>25</sup> Patricia Gascón Muro, “Globalización e identidad”, en: Andrés Sandoval Forero y Manuel Antonio Baeza (coords.), *Cuestión étnica, culturas, construcción de identidades*, México, Universidad Autónoma Indígena de México, Asociación Latinoamericana de Sociología, Ediciones El Caracol, 2004, p. 47.

tidades se construyen y modifican constantemente, y se habla ahora de identidades varias o múltiples para definir a un sujeto, en tanto conjunto de identificaciones provisorias y movibles.

Sin embargo, de los impactos culturales que genera la globalización no se puede derivar que exista una identidad o una cultura globales. Hay varios argumentos que sostienen esta idea:

1) Existe una profusión cada vez mayor de ofertas de consumo, lo cual niega la homogeneización o la imposición de una única cultura en tanto estilo de vida; se impone el mercado, pero éste no homogeneiza a la gente. De hecho, el mercado ha tenido que diversificarse más y más para satisfacer necesidades específicas de individuos y comunidades. Lo que sí tiende a homogeneizarse es la práctica del consumo, aunque este esté directamente relacionado con salarios percibidos y con capacidad de adquisición.

2) Si distinguimos dentro del espacio de la cultura las formas objetivadas de las subjetivadas, interiorizándolas, veremos que las primeras (que en un contexto de globalización podrían ser objetos distribuidos por redes globalizadas del mercado) sólo tienen sentido por las segundas, y éstas responden a una configuración cultural mucho más compleja que la que puede ofrecer el impacto de la globalización en un individuo o en una comunidad. Mientras que las formas subjetivadas de la cultura son formas simbólicas o estructuras mentales interiorizadas,<sup>26</sup> las formas objetivas pueden ser prácticas rituales y objetos cotidianos o sagrados, que no tienen sentido alguno si no es por las primeras. Nos dice Giménez al respecto:

En efecto, la concepción semiótica de la cultura nos obliga a vincular los modelos simbólicos a los actores que los incorporan subjetivamente (“modelos de”) y los expresan en sus prácticas (“modelos para”), bajo el supuesto de que “no existe cultura sin actores ni actores sin cultura”. Más aún, nos obliga a considerar la cultura preferentemente desde la perspectiva de los sujetos y no de las cosas; bajo sus formas interiorizadas y no bajo sus formas objetivadas.<sup>27</sup>

La cultura se gesta a partir de experiencias arraigadas, de modos de vida, en los cuales operan muchos factores complejos de mayor peso que los elementos externos, que generalmente circulan a través de los medios de comunicación y del mercado. Tal vez el uso de los pantalones de mezclilla (jeans) se ha extendido increíblemente, pero ése no es un dato

<sup>26</sup> Gilberto Giménez hace alusión a dos conceptos acuñados por Pierre Bourdieu. (Gilberto Jiménez, *Teoría y análisis de la cultura*, México, CONACULTA/ICOCULT, 2005, p. 80.)

<sup>27</sup> *Idem*, p. 80.

decisivo que explique cambios radicales en la cultura de los grupos que lo adoptan.

3) La participación en redes mundializadas sólo representa una dimensión de la identidad personal; hay otras tareas, espacios, actividades y objetivos que salen del alcance de aquel ámbito y que pesan mucho más en la configuración cultural e identitaria de las personas. En realidad, la vida diaria de la mayoría de los seres humanos se desenvuelve en ámbitos locales, regionales y nacionales. En el caso de los pueblos migrantes que mantienen vínculos con sus compatriotas mediante modernos medios de comunicación, en efecto entran a redes de interacción más allá del territorio, sin embargo, sus motivaciones fundamentales y sus metas vuelven a ser locales: comunicarse con los suyos.

4) Poseemos la capacidad de combinar aspectos globalizados con tradicionales, de ajustar las innovaciones a las necesidades, costumbres y ritmos de lo tradicional. La cultura está en permanente cambio; quizás los cambios culturales sean más acelerados que antes, pero es prácticamente inexistente una cultura que permanezca aislada y estática, e impermeable a los impactos de otras culturas. Tenemos la capacidad de resignificar los elementos nuevos y de incorporarlos a nuestro bagaje, a nuestra matriz. En particular, podemos incorporar nuevas tecnologías para reproducir contenidos iguales, fuertemente arraigados: relaciones, prácticas, proyectos.

Además, debemos distinguir entre elementos apropiados e impuestos, además de los propios, siguiendo a Bonfil Batalla muy indirectamente; siempre pesarán más los elementos propios y apropiados voluntariamente, que los impuestos desde el exterior. Sólo si nos apropiamos genuinamente de algún elemento cultural, pasa a ser parte de nuestro repertorio, y entonces sobreviene una resignificación en función del todo.

5) No podemos dejar a un lado el peso de la comunidad nacional y de la identidad nacional, además de que en los últimos tiempos hemos presenciado una multiplicación de identidades subnacionales. Suele asumirse que el surgimiento de identidades regionales fortalecidas, que tienen la capacidad de conectarse entre sí sin ayuda o mediación de la instancia nacional, como en el caso de las relaciones transnacionales entre distintas comunidades, debilita la instancia nacional.<sup>28</sup> Sin embargo, esto no siempre es así. Muchos estados-nación son fuertes, o están haciendo esfuerzos por ser instancias democráticas, plurales, sólidas, saneadas económicamente y con capacidad de autodeterminación frente a presiones externas. Y mucho

<sup>28</sup> Un ejemplo de ello es: Sergio Boisier, *Teoría y metáforas sobre el desarrollo territorial*, Santiago de Chile, Naciones Unidas/CEPAL, 1999.

de lo que nos llega del exterior globalizado se tamiza y se resignifica en el nivel de lo nacional y subnacional.

Apoyando la tesis sobre la imposibilidad de que existan identidades y culturas globales, Gilberto Giménez argumenta que:

En cuanto a la relación entre procesos de globalización e identidades colectivas, hay que descartar de entrada la idea de una identidad global. Así como no existe una cultura global, sino sólo una cultura globalizada en el sentido de la interconexión creciente entre todas las culturas en virtud de las tecnologías de comunicación, tampoco puede existir una identidad global, porque no existe una cultura homogénea que pueda sustentarla, ni símbolos comunes que sirvan para expresarla, ni memoria colectiva que pueda nutrirla, ni otredades con las que pueda confrontarse en la misma escala... La omnipresencia de Mac Donalds en el paisaje urbano no implica por sí misma la americanización o la globalización cultural, y mucho menos cambios en la identidad cultural... los productos culturales no tienen significado en sí mismos y por sí mismos, al margen de su apropiación subjetiva; y nuestra cultura/identidad no se reduce a nuestros consumos circunstanciales.<sup>29</sup>

No hay una cultura totalmente homogénea y estandarizada, ni totalmente plural, fragmentada y descentralizada. Hay una interconexión creciente, una interacción cada vez mayor entre distintas culturas, que se resisten a la desaparición o a la transformación de fondo que los globalistas desearían. Las culturas cambian constantemente, pero la globalización no es el único ni el más importante motor del cambio. Jean Pierre Warnier afirma:

Respecto del cambio cultural y de la mundialización de los intercambios culturales, los etnólogos han llegado a una comprobación unánime. Por un lado, testimonian la erosión rápida e irreversible de las culturas singulares a escala planetaria. Por el otro, en la práctica de su profesión, en contacto directo con comunidades locales, observan que esta erosión está limitada por elementos sólidos de las culturas de la tradición y que, en todo el mundo, hay una producción constante, abundante y diversificada, a pesar de la hegemonía cultural ejercida por los países industrializados.<sup>30</sup>

Por su parte, Mario Margulis comenta que: “si bien las identidades pueden ser sigilosamente sometidas a un proceso de uniformización a través

<sup>29</sup> Gilberto Giménez, “Cultura, identidad...”, 2005, p. 13.

<sup>30</sup> Jean-Pierre Warnier, 2002, *op. cit.*, 85.

de la oferta universal de los mismos productos y los mismos mensajes, también se genera un movimiento contrario, una reacción afirmativa de la identidad local, vinculada con la mayor exposición a nuevos contactos”.<sup>31</sup> Este movimiento es el que ha explicado el surgimiento de fundamentalismos, regionalismos, dinámicas neoconservadoras y que ha agudizado en muchos puntos del planeta la discriminación y la intolerancia. Pero también ha sido el movimiento que ha permitido la afirmación y revaloración, por parte de muchos grupos, algunos étnicos y otros no, de la propia identidad, y que ha hecho que sean selectivos con los elementos culturales que desean apropiarse, y que, en el caso de culturas dominadas, generen estrategias de resignificación de su cultura frente a la definición y categorización impuesta por la cultura oficial. Cid Capetillo afirma que:

hay una notable ausencia de cultura común en la base de la sociedad internacional global... Eventualmente se podría pensar que los valores de libre mercado, derechos humanos, democracia liberal y la vigencia del derecho brindan ese sustento cultural, sin embargo, se debe recordar que un número considerable de estados que sustentan culturas no-occidentales rechazan esos valores y normas por considerarlos ajenos a su propia concepción.<sup>32</sup>

Esta afirmación nos conduce de nuevo a la problemática que implica pensar en un desarrollo para todos, pero además, que incluso si tales valores se universalizaran no darían lugar a una cultura global sino a lineamientos generales de convivencia y de vida, que necesariamente se tendrían que particularizar en cada caso. Puede haber muchas culturas distintas que suscriban la legitimidad de la democracia, los derechos humanos y el libre mercado sin que por ello se asemejen culturalmente entre sí.

Sostener la tesis de la inexistencia de una cultura global y de identidades globales puede acompañarse de una posición crítica y propositiva, más allá del nivel del análisis de facto. Es el caso de la postura de Jesús Martín Barbero, que afirma que frente a la dinámica de exclusión/inclusión de la globalización, es justo desde “...la diversidad cultural de las historias y los territorios, las experiencias y las memorias, desde donde no sólo se resiste sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla...la identidad se constituye hoy en la fuerza más capaz de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón

<sup>31</sup> Margulis, M, *Globalización y cultura*, en: <http://www.fsoc.uba.ar/Publicaciones/Sociedad/Soci09/margulis.html>

<sup>32</sup> Ileana Cid Capetillo, 2001, *op. cit.*, p. 86.

instrumental”.<sup>33</sup> Poner la atención y conferir valor a las culturas y las identidades que se transforman pero que efectivamente resisten las oleadas homogeneizadoras, permite y obliga a atender al problema de aislamiento, exclusión, marginación, pobreza estructural y no estructural, que afecta el desarrollo de las personas.

Sobre esa línea, Arjun Appadurai apuesta por una globalización “desde abajo”, que se fundamenta en formas de transferencia del conocimiento y movilizaciones sociales independientes de las acciones del capital corporativo y del sistema estado-nación (y de sus afiliados y garantes internacionales).<sup>34</sup>

#### ESTADO Y POLÍTICAS CULTURALES COMO PROYECTOS DE DESARROLLO HUMANO

A estas alturas de nuestro texto, es necesario incorporar una instancia fundamental en la dinámica de desarrollo de individuos y pueblos que están sometidos a los efectos de la globalización, pero que a la vez, y antes que eso, pertenecen a un estado-nación: las políticas culturales.

Es un hecho que en una escala macro, una de las maneras más decisivas para contrarrestar los efectos negativos de la globalización es fortalecer el proceso de mundialización en tanto la otra cara de la moneda de aquella. Una mundialización que reoriente a la razón instrumental hacia una dimensión ético-política viable, capaz de sentar bases racionales para la solución de conflictos que atañen a comunidades enteras, que genere una “cultura” de la interculturalidad, así como las bases para una ética intercultural o global, que en vez de quererse erigir como la instancia dictadora de una moral universal –lo cual es insostenible–, logre establecer reglas claras y racionales para un diálogo que logre avances en aquellos rubros que nos competen a todos como miembros de estados, de culturas y de la humanidad.

En ese sentido, se apostaría por una mundialización que, lejos de intentar generar una cultura y una identidad globales, o de querer imponer una sola forma de vida, genere una creciente conciencia de la interrelación y la mutua dependencia de los seres humanos y las comunidades, que consolide un verdadero respeto por la diferencia y el pluralismo cultural; en fin,

<sup>33</sup> Jesús Martín Barbero. *op. cit.*, p. 4.

<sup>34</sup> Arjun Appadurai, “Grassroots and the Research Imagination”, en: Appadurai, A. (ed.), *Globalization*, London, Duke University Press, A Millennial Quartet Book, 2001, p. 3 y ss.

que fortalezca una ética intercultural y global. Esta generación de procesos de resistencia, de crítica, de “desnaturalización” de las dinámicas globalizantes, neoliberales, capitalistas, podrá construir verdaderas posibilidades para que el efectivo desarrollo integral de los seres humanos –y su acceso a los logros científicos y tecnológicos que eleven su calidad de vida– no implique pagar el costo de abandonar la propia identidad y los propios referentes culturales, así como el derecho a la autodeterminación.<sup>35</sup>

Es claro que esta propuesta es fundamental; constituye un gran logro, y es el motor que hace que muchos individuos, grupos y comunidades logren avances en lo que respeta a la libertad y la dignidad humanas. Sin embargo, en muchos casos sólo se queda en un nivel de deseabilidad, de propuesta persuasiva, de ideal, de discurso que va allanando camino gradualmente. Queda entonces una opción complementaria y simultánea, que trabaja más en el nivel concreto y real de decisiones efectivas, el de las políticas culturales.

Aunque haya quien pueda hablar de políticas culturales internacionales o mundiales,<sup>36</sup> en realidad éstas están en principio ligadas al estado-nación. Y podemos decir a grandes rasgos que la globalización es un movimiento complejo que tiende a mermar la instancia estatal, estableciendo como plano principal de las diversas interacciones y flujos un nivel transestatal, hiperespacial, transnacional. Appadurai afirma que dentro de un mundo caracterizado por objetos en movimiento, “el mayor de los objetos aparentemente estables es el estado-nación, que es hoy es frecuentemente caracterizado por poblaciones flotantes, políticas transnacionales dentro de fronteras nacionales y configuraciones móviles de tecnología”.<sup>37</sup> El estado-nación está sufriendo enormes cambios, y sus instituciones, muchas caducas ya, requieren ser replanteadas y reinventadas. Pero esto no quiere

<sup>35</sup> La manera como se pueda lograr un equilibrio entre respeto a la tradición e innovación, entre respeto a la diferencia y necesidad de entrar en una dinámica de desarrollo, en cada caso particular, entraña profundos problemas que no competen directamente a los objetivos de este texto. Cabe mencionar que en muchos casos, dicho equilibrio puede lograrse, como en el caso de indígenas que utilizan videograbadoras para conservar testimonios de sus tradiciones o de las situaciones de injusticia y discriminación a los que se ven sometidos. Otro ejemplo especialmente difícil de solucionar, en el nivel de los estados-nación, es el asunto del idioma en la educación de individuos cuya lengua materna no es la oficial.

<sup>36</sup> Según Jean-Pierre Warnier, los flujos mediáticos, cada vez más mundializados, afectan las políticas culturales de los grupos, regiones y Estados, de ahí que se hable de una política mundial de la cultura. Así, se pensaría en políticas culturales municipales, regionales, estatales e internacionales.

<sup>37</sup> Arjun Appadurai, 2001, *op. cit.*, p. 5. (Traducción libre).

decir que en todos los casos se dé una efectiva merma del estado, aun cuando en muchos de ellos lo local y lo regional cobren mayor importancia que lo nacional en el escenario de lo global.

Se cree que la crisis del estado-nación se debe en parte al creciente protagonismo de otros actores sociales en el escenario internacional, tales como organismos internacionales, Organizaciones No Gubernamentales (ONG's), empresas transnacionales, así como otros movimientos sociales, como las minorías y los migrantes. Y en esta crisis, el estado-nación se convierte en un péndulo que, unas veces se trata de adaptar y ajustar a los cambios y la lógica global, y otras veces trata de fortalecerse y resistirse ante los embates que recibe. Y muchas veces, con la idea de que más vale estar al margen de ciertas decisiones que no le competen a un estado (más bien mínimo), acaba por ser incapaz de generar un orden, un freno, o una negociación frente a las decisiones que otros toman.

En contra de esta visión, afirman Flores Olea y Mariña Flores que “aun cuando en el proceso de globalización capitalista el Estado ha visto limitadas varias de sus atribuciones y facultades tradicionales, es previsible que prevalecerá como el ámbito central de las decisiones políticas y económicas, y como pivote de la acumulación y de la mundialización capitalista impulsada por las decisiones y acciones de los estados concretos y de sus gobiernos”.<sup>38</sup> En la esfera de la política aún reside una fuerza que puede seguir impulsando su objetivo originario, el bien común, a partir de decisiones, estrategias, fortalecimientos, en fin, de “políticas” en plural, que permitan dirigir a los estados-nación a un equilibrio entre la mundialización (que se expresa en su constitución multicultural) y la globalización (que impacta con sus nuevas tecnologías y redes). En este sentido, la esfera de la política se vuelve el espacio de la selección, del discernimiento, de la construcción de un futuro, de manera tal que los productos de la globalización, al menos una parte de ellos, logren favorecer el proceso de mundialización, que se conviertan en herramientas para la construcción de espacios plurales, dentro y fuera de los límites nacionales.

Un ejemplo de ello es el uso de la cibernética para generar procesos de desarrollo cultural; para expandir una mejor comunicación y una mayor educación, escolarizada y no escolarizada; en fin, para generar autonomía y autogestión en las diversas comunidades. Sobre el patrimonio cultural, y el vínculo entre cultura y tecnología, Lourdes Arizpe comenta: “Sobre el tema de la cultura y la cibernética, los que interesa es, en la era de la

<sup>38</sup> Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores, *Crítica de la globalidad y liberación en nuestro tiempo*, México, FCE, 1999, p. 266; en: Ileana Cid Capetillo, 2001, *op. cit.*, p. 85.

información, [que] la reconstrucción de los significados del patrimonio cultural se hará a través de la convergencia tecnológica de los sistemas televisivo, telefónico y de cómputo, lo que permitirá a cada ciudadano y a cada comunidad ver, alterar, comprender y combinar ese patrimonio de maneras que aún no podemos imaginar”.<sup>39</sup> Una producción de esta índole es la nueva cartografía cibernética que, distante ya del modelo clásico de los mapas impresos, se apoya en la tecnología para compilar una gran cantidad de información escrita, visual, auditiva (representaciones de territorios y fronteras, música, fotografías, videos, textos) que enriquecen considerablemente la información sobre un espacio geográfico.

Quizás antes que pensar en políticas culturales abiertas a los cambios y que favorezcan a todos los sectores, habría que asumir que es indispensable una política de estado que, de entrada, valore a la cultura como una dimensión de enormes repercusiones, no sólo a nivel de constitución de identidades, sentido de pertenencia y cohesión, y no sólo como productos de símbolos que nos distinguen y nos hacen ser quienes somos, sino incluso en el campo de lo económico, ya que en el ámbito de la cultura, y sobre todo en el de las industrias culturales, es realmente reeditable. Pensar en la cultura como algo imprescindible para el desarrollo humano, económico, social y político de un estado es el primer paso.

En realidad, muchos estados-nación tienden a fortalecerse en los últimos tiempos, sobre todo los que no son muy jóvenes, y que no tienen que lidiar con la unificación a partir de una consolidación cultural e identitaria, y los que tienen economías fortalecidas y estables. Y en estados como los nuestros, latinoamericanos, que son multiculturales y multinacionales por definición, y que se encuentran en una fase de desarrollo con economías por consolidar, es en el ámbito de la cultura donde, en vez de sufrir presiones, como las del mercado internacional, pueden desarrollarse con mucha más autonomía y determinación. Los estados-nación tienen el poder y los recursos para trabajar con el objeto de consolidarse como estados multinacionales, multiculturales, cuya fortaleza resida en esa diferencia.

Con respecto a la diversidad cultural, concretamente a las naciones o etnias que se albergan en el interior de un estado-nación, la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO, a través de su texto *Nuestra Diversidad Creativa*, afirma que “la mejor manera de dar espacio a la diversidad étnica es crear un sentido de nación como comunidad cívica,

<sup>39</sup> Lourdes Arizpe, “Cultura, creatividad y gobernabilidad”, en: Daniel Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempo de globalización*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2001, p. 33.

arraigada en valores que puedan ser compartidos por todos los grupos étnicos de la sociedad nacional, y será tanto más fácil crear ese sentido de pertenencia a una comunidad cívica si el concepto de ‘nación’ se sustrae a toda connotación de exclusividad étnica”.<sup>40</sup>

Las políticas culturales se constituyen como una serie de acciones, intervenciones y estrategias para construir posibilidades a través de las cuales sean cubiertas y fomentadas las demandas y necesidades culturales y simbólicas de las personas. Siempre hay una política cultural en un estado-nación (aunque el estado-nación no sea la única instancia que la contemple; puede haber política cultural en una institución o empresa), hasta cuando no se hable de ella ni sea explícita.

Cada política cultural parte de una idea determinada de cultura (y de ser humano también). De este modo, si se piensa desde una concepción elitista de cultura, como producto sublime del genio de unos cuantos dotados, la política cultural consecuente será la de fortalecer la creación artística e intelectual de esa elite, así como, en el mejor de los casos, difundir sus creaciones para conocimiento y goce de los demás, por definición no privilegiados, no “cultos”, que hay que cultivar, aunque sea un poco. Pero si se piensa en una idea amplia de cultura, entendida como dimensión simbólica de lo social, como expresión de la complejidad y especificidad de cada grupo humano, como el conjunto de prácticas, objetos, significados, costumbres, rituales, concepciones, creencias, hábitos, etcétera, y como tal, perteneciente a todos, se derivará con más facilidad, aunque no automáticamente, una política cultural democrática, abierta a la diferencia, abarcadora, que enfatice ya no los objetos o los productos intelectuales, artísticos o históricos, sino los procesos, los modos de vida, las subjetividades, las dinámicas socioculturales que dan sentido a la vida misma.

Para Gilberto Giménez, siguiendo a John Street: “...el sentido y la orientación fundamental de una política cultural resulta siempre de la interacción compleja entre tres factores: las instituciones culturales existentes, los procesos de política cultural y las ideologías políticas sobre la función de la cultura”.<sup>41</sup> En realidad, al estado le corresponde definir una política cultural y mediar entre los intereses de diversas instancias que tienen que ver con la gestión de los bienes, del patrimonio y de las industrias culturales. Gilberto Giménez afirma que:

<sup>40</sup> Javier Pérez de Cuellar, Lourdes Arizpe, Y. Fall, K. Furgler, y C. Furtado, *Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo*, México, Ediciones UNESCO, 1996, p. 78.

<sup>41</sup> Gilberto Giménez, “Cultura, patrimonio y política cultural”, en: <http://gimenez.com>, p. 8.

Lo que llamamos política cultural surge precisamente de la intervención del estado y de los poderes públicos en el orden de la cultura. El Estado tiene buenas razones para interesarse por la cultura. Por ejemplo, a sus ojos la cultura funciona como fuente de legitimación, como fundamento y clave de la identidad nacional, como título de prestigio en la competencia internacional, como fuente de recursos en la economía nacional...<sup>42</sup>

Las políticas culturales parten de una concepción explícita o implícita sobre la cultura, la identidad, el perfil del estado y, por supuesto, sobre lo que hay que fortalecer y lo que hay que excluir y desaparecer. Así, puede haber políticas culturales aristocráticas, elitistas, excluyentes de la diversidad, que, históricamente han respondido a la necesidad de conformar a los estados nación sobre la base ficticia de que descansa en una identidad única y homogénea (lo “mexicano”, el “mexicano”). En los estados más antiguos y consolidados es más fácil encontrar políticas culturales más favorecedoras de la expresión diversa; requieren menos de estrategias unificadoras que los estados más jóvenes.

En realidad, ante los cambios que efectivamente estamos sufriendo a raíz de la mundialización cultural y de la globalización tecnológica, es necesario una política cultural nacional, proveniente del estado, que se abra a nuevas posibilidades en dos sentidos: 1) hacia la consolidación de nexos con otros actores sociales, incluyendo las comunidades transnacionales o desterritorializadas, que intervengan en la orientación de las prácticas culturales de manera democrática y, 2) hacia las nuevas tecnologías, para poder hacer un óptimo uso de ellas, y sobre todo, para que lleguen a todos los individuos del estado. Néstor García Canclini afirma que bajo el concepto de políticas culturales se tiende:

...a incluir el conjunto de intervenciones realizadas por el estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población u obtener consenso para un tipo de orden o transformación social. Pero esta manera de caracterizar el ámbito de las políticas culturales necesita ser ampliada teniendo en cuenta el carácter transnacional de los procesos simbólicos y materiales en la actualidad.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> *Íbidem*, pp. 11 y 12.

<sup>43</sup> Néstor García Canclini, “Definiciones en transición”, en: Daniel Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempo de globalización*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2001, p. 65.

Es necesario, siguiendo la idea de García Canclini, que las políticas culturales se democratizen y se abran a las innovaciones y los cambios debidos a eso que llamamos globalización. Un ejemplo de ello es la necesidad de abarcar y contribuir a satisfacer las necesidades de los grupos migrantes que, como tales, en países como México, constituyen comunidades transnacionales, ubicadas fuera del territorio nacional, pero con fuertes lazos de diversa índole que los atan a aquel. Una política cultural de estado, actual y democrática, tiene que romper fronteras para ser consecuente con un ideal plural y con los cambios surgidos de la globalización. A la vez, una política cultural de esta índole tendría que tratar de hacer presión para lograr decisiones consecuentes con ella en el espacio de lo económico, toda vez que las decisiones económicas han generado severas problemáticas con tintes globalizados. Un ejemplo de ello, simplificado pero no incierto, es justo la migración de población rural que ante la crisis del campo, producto de una política económica, emigra en busca de sustento.

Aun cuando la afirmación de Manuel Castells acerca de que "...los Estados y las instituciones, políticas o parapolíticas, que cumplieran un papel de contrapeso durante la revolución industrial, ejercen un control muy limitado sobre los procesos mundiales de comunicación, de circulación de capitales, de desarrollo tecnológico, de producción...", en realidad hay espacios en los que el estado puede permitir o bloquear procesos de constitución y fortalecimiento de identidades; abrir posibilidades reales de desarrollo humano congruente con la libertad cultural de ser quien se es; dar lugar cada vez más a procesos de animación cultural que incidan sobre la capacidad de autodeterminación y autogestión. Una política cultural acorde con una concepción amplia de cultura, que abarque pero no se limite a entenderla como el conjunto de las bellas artes y de la erudición de un sector privilegiado; que asuma que el patrimonio que debe ser preservado no sólo es de carácter tangible o material, sino intangible también. Y, además, que pueda trabajar en conjunto con otros sectores e instancias que ya no puede ignorar, como antes lo hacía: minorías, grupos nacionales (étnicos), ONG's, empresas y organismos locales, regionales, nacionales e internacionales.

Y el hecho de que sea justo el estado-nación una instancia que abarca el control de muchos recursos, que tiene el poder de dirigir, de convocar, de invertir, financiar, subsidiar, de ir incluso en contra de tendencias mercantilistas y neoliberales de empresas privadas, las políticas culturales estatales tienen que trabajar para hacer un frente que tome de los cambios lo mejor para el fortalecimiento de una unidad nacional respetuosa de la diferencia que alberga en su interior.

Ahora bien, no existe ni ha existido jamás una sola manera de direccionar y de concebir las políticas culturales. La orientación de las mismas pueden ser, y de hecho han sido en muchos países las únicas concebibles y viables, elitistas, promotoras de dinámicas “de arriba abajo”. O bien pueden entenderse como políticas democráticas, que sostengan una concepción amplia de cultura y que promuevan y animen procesos “de abajo hacia arriba”, de autogestión, de fortalecimiento de identidades y autodeterminación.

Gilberto Giménez distingue claramente las políticas de democratización de las políticas fundadas en la democracia de la cultura; mientras las primeras generan una dinámica cultural descendente, que aporta desde la elite a los de abajo, algunos elementos requeridos para el funcionamiento del orden social; las segundas permiten, mantienen, reconstruyen, o crean procesos de expresión cultural en todos los sectores y ámbitos de la sociedad. Y mientras las primeras pueden muy bien ir de la mano con políticas de mercantilización y privatización, que favorecen la transnacionalización de la cultura, en palabras de Giménez: “en cambio, una política basada en la idea de que la cuestión cultural es también una cuestión de servicio público...y que en consecuencia instaure un sistema de regulaciones y estímulos (subvenciones, cuotas...) destinadas a mantener un espacio para la producción local, será más apta para establecer una confrontación enriquecedora y equilibrada entre lo global y lo local, entre esfera pública y esfera privada”.<sup>44</sup>

Se requiere cada vez más de políticas culturales nacionales, que combinen las propuestas estatales con las civiles, y que tengan siempre en el horizonte la necesidad de trabajar a favor de una mundialización que implique dos movimientos, uno hacia adentro y otro hacia fuera: hacia adentro, una mayor presencia de la multiculturalidad, y que el desarrollo sea efectivo para todos sin que ello implique la pérdida de la diferencia, y hacia fuera, ser capaces de ser tamices selectivos de los flujos externos, ser capaces de generar políticas diferenciadas y fuertes ante los embates de tendencias eliminadoras de la diferencia.

Sin embargo, de aquí no se puede derivar la instauración de una política cultural que merme gradualmente la cultura nacional a favor del resurgimiento o del reforzamiento de las culturas “subnacionales”, insertas en una ficción que llamamos estado-nación. Lourdes Arizpe comenta al respecto:

<sup>44</sup> Gilberto Giménez, “Cultura, patrimonio y política cultural”, en: <http://gimenez.com>, p. 14.

...tampoco es suficiente, como política cultural, afirmar que la nación es multicultural. Porque, a pesar de las predicciones, los estados-nación no desaparecerán por las presiones de la globalización. Es por esto un tanto prematuro afirmar que van a desdibujarse las culturas nacionales. Cinco siglos de convivencia son más que suficientes para crear hábitos de pensamiento, formas de reacción hacia otras culturas y naciones, costumbres compartidas y todo ese lenguaje invisible, hecho de acento, gesto y emoción, que sólo surge en nuestra conciencia cuando nos comparamos con personas de otra cultura.<sup>45</sup>

Sin embargo, presenciamos el hecho de que no sólo el apego se da en el nivel de lo nacional, como bien es cierto, por los menos en muchas personas, sino que se da también a niveles más locales y a la vez extranacionales, a niveles de regiones más amplias.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

Volviendo a los apartados anteriores de este escrito, podemos decir que, efectivamente, los avances tecnológicos y científicos, propios de esta modernidad globalizada, pueden muy bien ser utilizados a favor del fortalecimiento de estados, grupos, colectivos e individuos, en la medida en que dichos avances puedan ser accesibles a todos y cada uno de los individuos, sin que por ello se comprometa el derecho a la libertad cultural. Un desarrollo dentro de los parámetros de la cultura, ya que, como bien afirma Lourdes Arizpe, el desarrollo se inscribe en la cultura, y no al revés.<sup>46</sup> El desarrollo humano debe entenderse como desarrollo cultural, en cultura; y por cultura entenderemos la compleja trama que une innovaciones y tradiciones, saberes y ciencias, técnicas y tecnologías provenientes de experiencias diferentes. El reto es, entonces, en un contexto de mundialización cultural y de globalización económica y tecnológica, lograr que las políticas culturales de los estados-nación logren genuinos proyectos de desarrollo humano, inscritos en una dimensión cultural, que den cuenta de la diversidad, pero que también logren el igual acceso a todos los ciudadanos a los bienes y servicios que las ciencias y las tecnologías occidentales han logrado, y que la globalización ha puesto en circulación, pero de manera excluyente.

<sup>45</sup> Lourdes Arizpe, "Cultura, creatividad y gobernabilidad", en: Daniel Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempo de globalización*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2001, p. 35.

<sup>46</sup> Lourdes Arizpe, 2001, *Op.cit.*, p.32.

Dos problemáticas surgen aquí: la primera, luchar en contra de posiciones puristas que, justificados en la idea de que no hay que alterar el orden de las culturas tradicionales, buscan que se queden como están, generalmente en situaciones de pobreza y marginación, y por consiguiente, discriminación. La segunda se refiere a la necesidad de concientizar más y más a organismos internacionales que, en los casos de estados-nación en situación de pobreza, inestabilidad, marginación, caos, que no puedan construir políticas culturales sensatas y fuertes porque su atención está puesta en otros rubros, dichos organismos ayuden desde fuera a consolidar poco a poco una mirada distinta de sí mismos, un trabajo por la valoración y el desarrollo de la propia identidad, así como el esfuerzo encaminado a lograr niveles cada vez más altos de desarrollo humano.

Quizás volver la mirada a los estados para preservar la diversidad cultural es más urgente y más viable, en corto plazo, que tratar de redireccionar la globalización. Romper con el acceso desigual, promovido y sostenido por las políticas estatales, presionadas a su vez por la globalización, mediante el fortalecimiento de políticas culturales humanistas, democráticas, promotoras de la expresión de la diversidad.

Paralelo al fortalecimiento de políticas culturales humanizadoras, a nivel estatal es necesario impulsar una ética para el futuro (no en el futuro) que, en palabras de Jérôme Bindé: "...no sólo trabaje para la preservación de medio ambiente, sino para diluir las disparidades entre el norte y el sur, el crecimiento demográfico y las amenazas a la democracia, así como preservar a las generaciones futuras de la fiebre de la inmediatez".<sup>47</sup> La globalización se caracteriza por la inmediatez y emergencia surgidas de que en nuestro mundo moderno no hay tiempo para la reflexión, para el análisis o la prevención, y de que la democracia del mercado genera la aspiración a la gratificación inmediata. En este contexto, la emergencia se convierte en negación activa de la utopía. Y todas las instancias, desde local hasta lo mundial, requieren ser orientadas para reinventar nuestro mundo, empezando por lo local y lo regional.

<sup>47</sup> Jérôme Bindé, "Toward an Ethics of the Future", en: Appadurai, Arjun. (ed.), *Globalization*, London, Duke University Press, A Millennial Quartet Book, 2001, p. 95. (Traducción libre).